

La mujer en El Evangelio

EL DIVORCIO Y LA SOLEDAD

Autor: Rafael Garcia Ramos



Mt.5,31-32. El divorcio (APARTADO 4.07 DEL LIBRO)

Los hombres podemos engañar a otros hombres, e incluso a nosotros mismos, pero a Dios no lo podemos engañar. Ante el mundo se podrá justificar un amancebamiento con el “brillante término” de **parejas de hecho**. Un varón y una mujer unidos en virtud de su mutuo asentimiento ratificado por solo la palabra y un “haber que pasa”. Al poco tiempo, lo que desordenadamente se unió, desordenadamente se separa, siendo, por lo general, la mujer la que carga con la peor parte. Se edifica una casa sobre arena y a la menor contrariedad comienzan las desavenencias, esta **pareja de hecho** se agrieta y en breve se arruina para desgracia de ellos mismos y de sus hijos.

Cristo no se refiere a estas uniones que solo son reconocidas por sociedades divorcistas y así les va. Cristo hace mención del legítimo matrimonio y avisa que cuando el varón, por su ineptitud, por su infidelidad o por su malicia, rompe el sagrado vínculo que le une a la madre de sus hijos, comete adulterio y predispone a la mujer a cometer el mismo pecado. El hombre que así actúa viene a ser responsable inicial de un adulterio que afecta a tres personas, a él, a su mujer y al hombre que se une a su mujer.

Dios ha puesto en aviso a todas las generaciones de lo que este pecado puede suponer para una sociedad, porque con este acto se da lugar a un encadenamiento de posibles desordenes que trascienden a la persona que lo inicia. Un divorcio puede generar un indefinido desmembramiento familiar de imprevisibles consecuencias. Al cabo del tiempo, no mucho, cuando el hombre que ha generado un divorcio recapitula su vida, se encuentra con una cosecha de amargos frutos que no le harán muy placentero el tramo último de su existencia. La soledad no es buena compañera para iniciar el viaje a la otra vida, pero desde luego, si lo que te acompaña son las consecuencias de tu divorcio en otras muchas personas, que ni siquiera has conocido, es más que probable afrontar la muerte sin esperanza.

Ahora, quizás venga bien poner a tu consideración, amigo lector, lo que supone un adulterio y para ello transcribo literalmente lo que un poeta de mi tierra (D. Adolfo García López) hacía público, en la prensa local, reflexionando, con el alma abierta por los sentimientos de frustración que le embargan, sobre un adulterio consumado por un amigo sin nombre.



EL AMIGO ROTO



El amigo roto

Entrar en el laberinto de una vieja modernidad como es el adulterio no es un gesto para ser aplaudido por personas que tienen en alta estima los valores de la decencia.

He sido ilusionado amigo, compartiendo momentos felices verso a verso. Hoy solo queda el amigo decepcionado, roto y herido, porque has decidido vivir las secuencias de un poema sucio, suciamente concebido en el mudalar donde solo reina lo más bajo de instinto.

Has desbaratado el nido que libremente erigiste; en el que un día lloraste ante la cuna vacía, y hoy solo se escucha el desencanto de una adolescente que tiene tu apellido y un hermoso nombre.

Me llamaste amigo y maestro, pero no te he enseñado a usar en tu vida las *neuronas pélvicas* para que sean promotoras de la conducta. El hombre es hombre cuando emplea los valores morales de cintura hacia arriba. Cuando solo emplea los de abajo, pone de manifiesto su condición de macho. El amor no es entregar el cuerpo a los deleites de la carne.

Este viejo poeta desde su fe en la esperanza te invita a ser coherente, mientras entretengo el pensamiento desnudando madrugadas.